

LA TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR

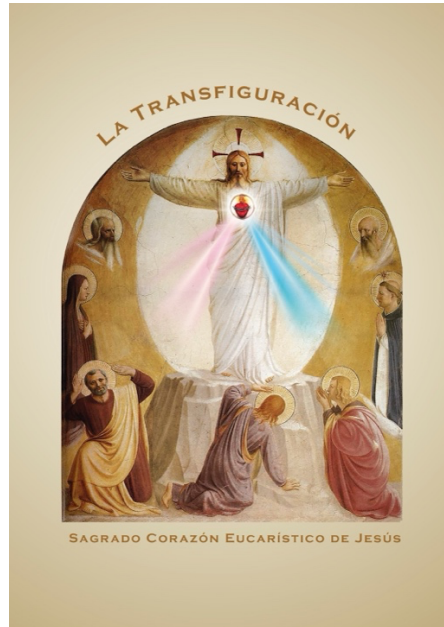


AGOSTO 6

«Oh Dios, que, en la gloriosa Transfiguración de tu Unigénito, confirmaste los Misterios de la fe con el testimonio de los Padres, y declaraste admirablemente, por medio de la voz salida de la luminosa nube, la perfecta adopción de hijos: haz propicio que seamos coherederos del mismo Rey de la gloria y partícipes de su misma gloria.»

Noble fórmula de la Colecta que resume la oración de la Iglesia y nos da su pensamiento en esta fiesta de testimonio y de esperanza.

SIGNIFICANCIA DE LOS VESTIDOS DE CRISTO Y LOS APÓSTOLES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS



Mientras «su faz resplandecía como el sol», dice el Evangelio hablando de Jesús, sus vestidos se tornaron blancos como la nieve.

Ahora bien, estos vestidos, que brillan como la nieve, dice S. Marcos, que no hay batanero que los pudiera hacer más blancos sobre la tierra.

¿Qué son estos vestidos? No son sino los justos, inseparables del Hombre-Dios y su adorno regio. Son el vestido sin costura, que es la Iglesia, son aquellos que limpiaron su propia vestidura con

la Sangre del Cordero y que María continúa tejiendo para su Hijo con la lana más pura y con el lino más hermoso. Ese resto fiel, esos miembros del Apostolado de los Sagrados Corazones Unidos de Jesús y de María quienes, ante este entendimiento deben, asumir la seriedad de su misión y abrir el corazón para poder cumplirla.

Por eso, aunque el Señor, habiendo pasado el torrente del sufrimiento, haya entrado personalmente en su gloria, el misterio de la Transfiguración no estará completo sino hasta el momento en que el último de los elegidos, habiendo pasado, él mismo, por la preparación laboriosa de la prueba y gustada la muerte, se haya juntado con la cabeza en su Resurrección.

Rostro del Salvador, embeleso de los cielos, entonces brillará en ti todo: la gloria, la hermosura y el amor. Expresando a Dios en la semejanza perfecta del Hijo como hombre, extenderéis la complacencia del Padre, al reflejo de su Verbo que hace a los hijos de adopción, gozándose en el Espíritu Santo hasta en las últimas franjas del manto que llena con el templo (Isaías 4:1).

Proclama S. Ambrosio, y tomemos esta proclamación como un llamado a despertar a los apóstoles de los Últimos Tiempos:

«Subamos a la montaña, supliquemos al Verbo de Dios que se nos muestre en su esplendor y hermosura; que se fortifique, que progrese felizmente y que reine en nuestras almas.

¡Pues, oh misterio profundo! según tu medida, crece o decrece en ti el Verbo. Si no alcanzas esa cima más elevada que el pensamiento humano, no se te aparece la Sabiduría y el Verbo se te muestra como en un cuerpo sin brillo ni gloria.»